

que alguna había de satisfacer al elevarse mi jefe, si-
no porque existía que solo él conocía el fondo el arte de

—Al examinarlo yo en mis conversaciones in-
teriores, el hecho de que el jefe militar de toda
la fuerza se había reunido con la cabeza del trin-

A las pocas horas después de haber estado hablando
con el jefe militar de toda la fuerza se había reunido con
la cabeza del trin-

CAPITULO XIV.

EL CAMPAMENTO.

Nuestra primera entrevista con el general Treviño
fué fria y ceremoniosa: tanto él como nosotros nos sen-
tamos embarazados con el recuerdo del acontecimien-
to de Charco Escondido, presentándose en medio de
ambas partes como un abismo, que era fuerza fran-
quear. El primero tenia que ser bueno, generoso, y
extremadamente amable con nosotros para hacernos
olvidar la pérdida de que fuimos víctimas: nosotros te-
niamos que ser poco rencorosos, olvidadizos, toleran-
tes, y sobre todo, subordinados. De esa única manera
era posible la union entre unos y otros para poder
continuar aquella campaña en que era preciso que
hubiera unidad de miras, unidad de mando, unidad
de accion, unidad de sentimientos y unidad de patrio-
tismo.

Se habló de los elementos que habia disponibles
para emprender las operaciones sobre la plaza del Sal-
tillo, se exageró un poco estos lo mismo que el es-
píritu marcial de nuestros soldados, se valorizó el po-
der del enemigo y se terminó acordándose que era
muy conveniente apresurarse á atacar aquella plaza
que dia por dia estaba reforzándose.

Hice alguna alusion sobre lo conveniente que ha-
bria sido pronunciarse en Monterey y amanecer en el
Saltillo, para no haber dado tiempo á que se pusiera
fuerte esa plaza y Treviño contestó:

—Solo hemos hecho el movimiento Naranjo y yo
para cumplir nuestros compromisos, pero cuando nos
llegó la órden del general Diaz, fijándonos el primero
de Octubre para pronunciarnos, no teniamos nada
listo absolutamente, fué necesario prevenir á las au-
toridades que mandaran la gente y establecer una
maestranza que está construyendo proyectiles para la
artillería.

El general Martinez contestó:

—Nosotros tampoco tenemos nada, pero nos hemos
levantado para pelear y aquí estamos listos para acu-
par el lugar que nos designes en el combate.

—No tienes tu bastante parque para un sitio?

—No: pero hay el suficiente para cinco dias.

—Con ese nos sobra, porque durarán tres nuestras
operaciones.

En esta vez nos despedimos poco satisfechos de la
reserva y hasta cierto punto de la ironía que habia-
mos empleado en nuestra conversacion, y Martinez

me dijo cuando íbamos caminando á caballo el uno al lado del otro:

—Gerónimo está orgulloso porque es el gobernador del Estado, y cree que tiene bastante con su nombre para tomar la plaza del Saltillo.

—Yo creo que influirá mucho el nombre de todos ustedes.

—La plaza está muy bien fortificada por un coronel italiano que es ingeniero, de apellido Guichonni y no la tomaremos en tres días como dice el general en jefe.

—Se tomará en ocho.

—O en quince, pero de todos modos Gerónimo ha perdido mas de un mes, en la mas completa inacción. Cuando yo salí á batir á Carrillo, era el momento de que él con cualquiera fuerza que tuviera, se hubiera echado sobre Zepeda que estaba desprevenido.

Zepeda era el gobernador de Coahuila, general intrépido y de recursos que no sabia desmoralizarse facilmente.

Haciendo estas y otras apreciaciones, llegamos á nuestro campamento en donde éramos esperados con ansiedad por los generales Juan Guerra, Bibiano Hernandez y otros que se ocupaban activamente en disciplinar nuestro pequeño ejército.

Como lo habíamos previsto, el valiente gobernador de Coahuila D. Victoriano Zepeda empezó á poner pequeños obstáculos que embarazaran nuestras combinaciones y ni de día ni de noche nos dejaba descansar con las guerrillas que destacó para que nos observa-

ran y aun estuvo á punto de hacer una salida para batirnos en detall, cosa que no llegó á verificarse porque el jefe de la plaza D. Florentino Carrillo, tenia órdenes de no aventurar ningun combate y de mantenerse á la defensiva mientras le llegaban refuerzos de S. Luis Potosí.

El general Orellana, que habia logrado ponerse en campaña seguido de algunos amigos, se habia incorporado ya á las fuerzas de Treviño quien lo habia detenido á su lado dándole á mandar un cuerpo de rifles con armas de repetición. Este jefe era de los nuestros, pero se le distinguió tanto por Treviño y Naranjo que se vió precisado á seguir á las órdenes de estos caudillos, sin embargo de que estaba casi comprometido, cuando ménos por las ligas de la revolución anterior, á militar en nuestras filas.

Al día siguiente hicimos un movimiento de aproximación al campamento de Treviño que seguia ocupando la posición de S. Gregorio en el camino de Monterey al Saltillo y fuimos invitados á pasar al Cuartel General, en dónde dimos un abrazo á muchos de nuestros amigos antiguos y compañeros que allí se encontraban.

Entonces conocí á un americano de generosos y nobles sentimientos, amigo entusiasta de Treviño que se habia convertido en proveedor voluntario, quien á sus propias expensas surtia la despensa del general en jefe y su estado mayor proporcionándoles buenos vinos y buenos comestibles.

Luego que llegamos fuimos invitados á hacer un

brindis para celebrar nuestra union y nuestras próximas victorias, y el americano cuyo nombre siento no recordar en los momentos en que escribo estas líneas, que presto se hizo amigo de todos nosotros, se apresuró á mandarnos servir un brandy cocktail que todos apuramos con el gusto de saborear esta especialidad de bebidas, en un campamento mexicano en que por lo comun se carece hasta de lo mas preciso para la vida y en donde casi nunca se ven las cosas de regalo.

Pasado un rato de agradable conversacion, Juan Muñoz Silva propuso que se repitiera el sorbo y entonces con la mejor intencion tuvo la malaventurada idea de recordar las cosas pasadas, exhortándonos á la union mas sincera una vez que éramos todos liberales y estábamos combatiendo por la misma causa, por mas que detalles insignificantes nos hubieran antes dividido.

Como al hablar de detalles insignificantes fijó en mí la mirada creyendo adivinar que no me conformaba con la calificacion, agregó que yo que tenia mas motivos que nadie para sentirme adolorido, porque sin necesidad alguna habia sido víctima de grandes malos tratos y humillaciones, era el primero en olvidarlo todo, escitándome á que declarara allí, si nó muchas veces en nuestras confidencias íntimas le habia confesado, que en el fondo de mi corazon estaban completamente perdonados los que tanto mal me habian hecho despues del injustificado suceso de Charco Escondido.

Las palabras de Muñoz Silva dichas en aquellas

circunstancias y con un acento de sinceridad y de patriotismo irreprochable, me conmovieron profundamente y con las lágrimas en los ojos, ahogado por el llanto, apenas pude balbutir algunas frases entrecortadas, pero muy sinceras, y me arrojé en brazos de Treviño. Este me acogió friamente y luego dijo con marcado sarcasmo:

—Que bien saben Vds, hacer la comedia.

Como si el frio de una espada nos hubiera pasado por el centro del corazon, cayeron aquellas palabras sobre nosotros, produciéndonos la impresion mas desagradable, nos cruzamos una mirada Martinez, Muñoz Silva y yo y dejamos las copas sobre la mesa sin apurarlas.

Diez Gutierrez y el americano hicieron grandes esfuerzos para reponer el daño que nos habia hecho, especialmente á mí, el general Treviño, pero era ya tarde, pues segun la expresion vulgar, un plato que se rompe ya no puede volver á quedar servible y dos veces se habia ya roto entre nosotros el ánfora que depositaba nuestros más elevados sentimientos.

Sentí como que las lágrimas desandaban el camino recorrido para volver al lugar de donde habian empezado á salir como un desbordamiento de ternura, y que eran reemplazadas por un torrente de indignacion que queria saltar de las mejillas.

Nunca ha tenido el despecho mas razon para apoderarse del ánimo de una persona.

Yo estaba en situacion tal que hubiera deseado que

en aquel momento se abriera la tierra y nos tragara á todos sepultándonos en un profundo abismo.

El general Martínez atajó la contestacion que iba á salir de mis labios, pidiendo órdenes para el servicio y los otros amigos me sacaron del alojamiento del general en jefe casi bamboleando.

Desde ese dia se marcó la mas completa separacion en nuestros respectivos campamentos, que solamente se comunicaban para todo cuanto exigia la disciplina militar, sin intimarse relaciones y antes bien tratándose los jefes con estudiada reserva.

Orellana era el único que con su carácter alegre sabia quitar á aquellos campamentos su monotonía, inventando travesuras felices; pero estábamos todos los demas muy distantes de manifestarnos con el buen humor que desplegábamos cuando sitiábamos á Matamoros y vino el general Hinojosa con todos sus elementos (con un clarín y con Tomas Salazar) á incorporarse con nosotros.

Pero en cambio esta especie de rivalidad entre ambas fuerzas sirvió mucho para que los jefes de cada una se esforzaran en hacerlas lucir. Por ejemplo: en nuestro campamento, desde que amanecía estaba el general Juan Guerra instruyendo á sus pelotones en el arma de artillería, con las dos piezas de montaña que poseia nuestra famosa division y Bibiano Hernandez daba cargas fantásticas con sus famosos lanceros destrozando las labores sembradas que osaban aparecerse á su paso; y en el campamento tambien de las fuerzas del gobierno de Nuevo Leon, el general

Laing y otros muchos que allí habia tan valientes y tan empeñosos como Orellana, procuraban poner sus cuerpos listos para entrar en combate.

Solo que perdiamos un tiempo precioso, porque el parque de artillería que se estaba construyendo en Monterey venia diariamente en una cajuela de la diligencia y este modo lento de hacer la conduccion de los proyectiles que iban á derribar los muros de una plaza bien fortificada y bien defendida, daba pocas esperanzas de que se llegara un dia en que pudiera formalizarse el asedio.

El mismo americano amigo de Treviño no obstante ser flemático como buen yankee llegó á impacientarse y corrió á Monterey para espeditar él mismo el acarreo del parque de cañon, proporcionando unos guayines.

Este viaje le sirvió para reforzar el carro de la vitualla que tambien habia llegado á agotarse completamente.

Cuando regresó aquel de Monterey nos dejó maravillados con la cantidad de provisiones que para el uso del cuartel general le acompañaba. Traia hasta cocinero y un compositor de bebidas americanas, de esos que con una habilidad sorprendente pasan todo el líquido que tienen en un vaso en la mano derecha á otro que cogen con la mano izquierda y viceversa, formando un arco perfecto con la bebida en el momento de trasladarla de uno á otro recipiente.

Tambien llegaron las municiones de guerra que se esperaban, y Treviño mandó llamar á Pedro Marti-

nez para ponerse de acuerdo con él en las operaciones militares.

Desde nuestra llegada, había sido reconocido el segundo como cuartel maestro, y en esa virtud yo era quien redactaba las órdenes generales, y quien llevaba todo el peso del servicio militar, que se estaba haciendo en el campamento, con todas las precauciones de un ejército en campaña que tiene el enemigo al frente.

Martinez se dedicaba esclusivamente á dar la mejor organizacion á latropa y á cuidar de su instruccion y buen equipo.

Nuestro armamento era completamente desigual en el campo de Martinez, teniamos desde carabinas de Spencer del sistema novísimo, hasta mosquetes que ardian cuando disparaban una docena de tiros, acabándose el servicio de tales armas generalmente por la culata; pero en esa diversidad de bocas de fuego, existia sin embargo el mayor orden, estando clasificados los hombres que debian llevarlas y el número de tiros de que podia disponer cada uno, sin que pudiera haber temor de que fueran á equivocarse los calibres como muchas veces ha sucedido en lo mas sério y comprometido de una batalla.

—Dispon la marcha, dijo Treviño al general Martinez, ya estamos listos para ir á sitiar la plaza del Saltillo.

En el acto me puse á redactar la orden general, con las recomendaciones y prevenciones de estilo.

En la marcha, nosotros tomábamos la vanguardia, el parque en el centro y los mejores cuerpos de caballería cubrian la extrema retaguardia.

La orden de levantar el campamento aquella misma tarde, produjo un hurra entusiasta en todo el ejército, en el cual sentíase ya la nostalgia de la guerra.